

Gilberto Crespo y Martínez, un operador de la diplomacia de México en la Cuba republicana (1902-1906)

Enrique Camacho Navarro

Con el fin de conformar un aparato estatal sólido, los gobiernos de México se han impuesto la tarea de definir proyectos de desarrollo nacional, así como estructurar planes que los hagan viables. A lo largo de un par de siglos, a partir de diferentes propuestas gubernamentales, el territorio mexicano ha sido escenario de la búsqueda de una soberanía nacional. Tal preocupación por el interés de la nación supone tener la certeza de la necesaria relación con otros países. El aislamiento no permite el fortalecimiento de ningún Estado. Asegurar un lugar en el panorama internacional ha sido, desde los inicios de la vida política independiente y como aún lo es en nuestros días, una meta de primer orden para México.

El periodo gobernado por Porfirio Díaz es, por demás, ilustrativo de ese tipo de intenciones. La preocupación por estructurar una administración de progreso y orden al interior del país fue siempre de la mano con la consideración de ubicar a México en un lugar visible ante la mirada internacional. Tal circunstancia no es una novedad. Es amplio el campo de estudio desarrollado por la historiografía, en el que se ha puesto énfasis en torno a dicho periodo. Porfirio Díaz y la época a la cual estuvo ligado han generado una enorme expectación entre los

observadores mexicanos y extranjeros.¹ La maestría política del mandatario, la larga duración de su régimen, la transformación material del país, así como sus defectos, son las principales razones que se ofrecen para explicar la atracción provocada entre los estudiosos.

Durante los años en los que Porfirio Díaz marcó su influencia en la vida política de México se sucedieron periodos que demuestran un comportamiento heterogéneo dentro de la sociedad. Es imposible decir que su gobierno fue una dictadura de principio a fin. El poder personal del general se conformó de una manera paulatina, ya que entre 1876 y 1884 se vivió una transición en la cual los niveles de control de Díaz se enfrentaron a restricciones. La presidencia del general Manuel González (1880-1884) es un ejemplo evidente de la presencia de personajes que contaban con capital político propio, a pesar de que la historiografía sobre el porfiriato considere, en muchos casos, que se trató de un gobierno que actuó como apéndice político.² Tanto el compadrazgo que se vivió entre los dos militares como el regreso de Díaz a Palacio Nacional se asumen como explicaciones a esa consideración.

En el transcurso de su segundo periodo presidencial, iniciado el 1 de diciembre de 1884, destacó la atención en la política exterior encaminada a favorecer el contacto con Europa. Se mostró preocupación por conocer las experiencias industriales, financieras, así como comerciales y culturales del viejo continente, con la finalidad de equilibrar el desarrollo de México ante el de Estados Unidos. Se vivió una etapa en la cual nuevos

¹ Thomas Benjamin y Marcial Ocasio-Meléndez, "Organizing the Memory of Modern Mexico: Porfirian Historiography in Perspective, 1880s-1980s", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 64, núm. 2, mayo, 1984, pp. 323-364.

² Leonardo Lomelí, "Daniel Cosío Villegas: un sentido reconocimiento", en Gladys Lizama Silva (coord.), *México y Cuba, siglos de historia compartida*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2005, p. 321.

sectores sociales llegaron a ocupar los cargos que habían estado bajo el dominio de los porfiristas del primer gobierno. El ascenso de individuos que formaban la intelectualidad nacional permitió dar un toque de progreso al proyecto económico-político de Díaz. Dicho grupo sería un elemento clave en el control legislativo, sobre todo al secundar a los oaxaqueños que, sin dudar, brindaron su respaldo a los afanes reeleccionistas del general Díaz. “De los 227 diputados que había en 1886, 62 eran de Oaxaca”,³ y el resto seguiría las muestras de apoyo a la autoridad suprema, actuando el conjunto dentro de la Cámara como un verdadero club de amistad con don Porfirio y su segunda esposa, doña Carmen. Se ha señalado que Díaz ofrecía curules como un mecanismo que pretendía acallar a la intelectualidad, y que “con ese método incorporó a varias generaciones de intelectuales”.⁴ No obstante, pueden señalarse casos de figuras de la intelectualidad porfiriana que, más que ser simplemente “gallos que querían su maíz” —siguiendo la típica expresión de Díaz—, fueron apreciados como pilares que justificarían la nueva imagen de progreso del México que se difundiría en el extranjero.

En las elecciones de 1888, sin tener que alternar el poder con otro gobernante, ya que se presentó como candidato único, Porfirio Díaz triunfó y se mantuvo en la presidencia. Se situó así, de manera indiscutible, en el poder hasta cerrar el siglo XIX.

Son los años de la estabilidad, del orden y del progreso. Son también los años en los que la justificación de la centralización del poder político y de las reelecciones consecutivas de Díaz reciben el apoyo de un grupo de abogados e intelectuales que, habiendo

³ Enrique Krauze, *Místico de la autoridad. Porfirio Díaz*, México, FCE, 1987, p. 69.

⁴ *Ibid.*, p. 51.

hecho sus pininos periodísticos en la etapa anterior, ingresan en ésta en la política de la mano de Rosendo Pineda y Manuel Romero Rubio.⁵

El desempeño de Romero Rubio, al actuar como secretario de Gobernación durante el tercer periodo presidencial de Porfirio Díaz, a la vez que era suegro de éste, reveló su gran habilidad como político. “Como pocos, vio con claridad el potencial de una nueva generación de profesionistas que se asomaba a la vida política: en pleno proceso de ampliación de las responsabilidades del Estado, se requerían funcionarios preparados para las nuevas tareas de la administración pública”.⁶

Resulta un tema de sumo interés encontrar el camino que pudiera explicar el ascenso de aquellos personajes que, como “científicos”, se unieron al proyecto político de Díaz. Rara vez se aborda este tema de manera puntual, aun cuando se advierte al respecto o se realice algún esfuerzo académico en ese sentido.⁷ ¿Cuántos y quiénes eran? Ésa es una pregunta que hace falta contestar en dimensiones extensas. Para responderla, es necesario elaborar, como primer paso, una serie de ejercicios biográficos que sean el punto de partida para el posterior y más profundo análisis sobre el papel que jugaron al lado de don Porfirio.

Fueron muchos los individuos que pueden ubicarse dentro de ese grupo, y un buen número el que se desempeñó dentro de la diplomacia. Asombra la considerable presencia que llegaron

⁵ L. Lomelí, *op. cit.*, p. 323.

⁶ Alicia Salmerón, “EL porfiriato. Una dictadura progresista, 1888-1910”, en *Gran historia de México, vol. 4, De la reforma a la revolución, 1857-1920*, México, Planeta/Conaculta/INAH, 2001, p. 109.

⁷ Aurora Jáuregui de Cervantes, *Un científico del porfiriato guanajuatense: Vicente Fernández Rodríguez*, Guanajuato, La Rana, 1999.

a alcanzar en ese campo. Un ejemplo sobresaliente, y que motiva este trabajo, es el del ingeniero Gilberto Crespo y Martínez, de quien se estudiará su trayectoria personal y profesional con la intención de explicar la práctica diplomática que llevó a cabo en Cuba.

Al iniciar el siglo xx, cuando Porfirio Díaz cumplía 70 años y se preparaba para su sexta reelección, Gilberto Crespo y Martínez ocupa la representación mexicana en la isla, coincidiendo con la época en la cual Estados Unidos llevaba a cabo una importante labor tendiente a marcar una influencia política y económica en Latinoamérica. El expansionismo y la hegemonía promovida por las élites políticas norteamericanas se manifestaron con mayor fortaleza en esos tiempos,⁸ y se puso una particular atención en los países del Caribe y Centroamérica.

Cuba tuvo un interés particular para los estadounidenses, que demandaron la continuación del dominio hispano en tanto no pudieran negociar la cesión pacífica de la Gran Antilla por medio de la compra; sin embargo, las condiciones fueron cada vez más favorables para una política intervencionista. La metrópoli española sufrió una crisis política y económica que le impidió adaptarse a las nuevas pautas capitalistas, lo cual repercutió con fuerza en su sistema colonial. El vacío de poder económico fue ocupado paulatinamente por Estados Unidos, país que a finales del siglo xix se había convertido en la metrópoli económica de la isla caribeña.⁹

⁸ María del Rosario Rodríguez Díaz, *Estados Unidos y América Latina en la visión de Andrew Carnegie, 1889-1901*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001.

⁹ Margarita Espinosa Blas, *La política exterior de México hacia Cuba, 1890-1902*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2004, p. 34.

Con la instauración de la República de Cuba, en 1902, ya era evidente la influencia que tenía en la isla el poder político norteamericano. A partir de ese momento, la cuestión cubana era la oportunidad para robustecer la imagen de México en el panorama internacional, y de esa manera mostrarse como un Estado en desarrollo, moderno y autónomo, aun cuando, paradójicamente, mantenía ya una clara dependencia económica ante Estados Unidos.

No obstante el vasto conjunto de trabajos sobre el periodo de dominio político de Díaz, la historia de la política exterior de ese amplio lapso demuestra la existencia de una gran veta que aún debe ser estudiada, ya que puede ofrecer importantes lecciones basadas en la larga trayectoria de política internacional de nuestro país. Los principios fundamentales de la política exterior mexicana son resultado del propio proceso histórico nacional, y no producto de la imaginación de los esforzados servidores del quehacer internacional de México.¹⁰ Para dar fe de dicha procedencia, es entonces necesario conocer nuestra historia. Sin embargo, son muchas las lagunas que prevalecen en ella.

La complejidad de las experiencias por las que ha atravesado la política exterior mexicana permite comprender la valiosa tarea que resulta acercarse al conocimiento de su historia. Se trata de una herramienta invaluable para el presente y el futuro. Esta consideración da sentido a la realización de los estudios relacionados con las políticas exteriores implementadas por los diferentes gobiernos mexicanos a través de los años. A partir de esta realidad, el objetivo de este escrito es realizar una presentación sobre Gilberto Crespo y Martínez, ubicado

¹⁰ Joana Sosnowska, *Política exterior de México: dimensión regional e internacional*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-UNAM (Cuadernos de Estudios de América Latina y el Caribe, 1), 2006, p. 12.

como una figura relevante que participó dentro de la política exterior del porfiriato. Como principal premisa, se sostiene la imperiosa necesidad de superar el notable desconocimiento que existe sobre la trayectoria de numerosos operadores de la diplomacia mexicana. El propósito es corroborar la incidencia que tuvieron algunas personalidades, como Crespo y Martínez, en la vida política exterior del país y cómo, pese a su sobresaliente desempeño, no aparecen de manera común en la producción histórica, manteniéndose a la sombra de la monumental figura de Porfirio Díaz. No se trata de demostrar que puede existir un parangón entre el mandatario y sus enviados, cuya relación de subordinación política y legal marca una diferenciación del estatus diplomático, pero sí de sostener que la práctica histórica ha dedicado mayor atención a las figuras jerárquicamente más sobresalientes.

Se tiene claridad sobre la enorme fortaleza que tuvo Díaz como Ejecutivo, así como sobre la importancia del caso cubano como parte de una preocupación por colocar a México en un lugar privilegiado en el concierto internacional. Sin embargo, se ha puesto poca atención en el representante mexicano que se envió a la isla luego de haberse declarado el inicio de la República de Cuba en 1902, la cual supuso el término de la presencia directa mantenida desde 1898 por parte del gobierno estadounidense. Los vacíos históricos en el caso del porfiriato han respondido, bien al desafortunado fin de ese régimen, lo cual significó que cayera sobre él una pesada lápida historiográfica, o bien a la simpatía que se tuvo hacia el nuevo proceso político revolucionario, que llevó a centrarse en los acontecimientos sucedidos a partir de 1910.

La fuerza política de Porfirio Díaz determinó que los márgenes de maniobra por parte de sus operadores tuviese un carácter limitado; no obstante, la realidad llegó muchas veces a desenvolverse de una manera distinta. Debido a las condiciones

en las que debían desarrollar su trabajo, es decir, medios de comunicación, distancias, situaciones apremiantes que precisaban acciones inmediatas, los representantes llegaron a verse en la necesidad de asumir tareas que rebasaban lo reglamentario. Si bien es de entenderse que existieron importantes personalidades que marcaron las líneas políticas que se debían seguir, como fue la presencia de figuras de la talla de Ignacio Mariscal y Matías Romero en el campo de las relaciones exteriores, o bien que algunos otros operadores tuvieron que asumir las decisiones según sus propios criterios, no podía ser muy amplio el campo donde podía desarrollarse una libertad de decisión que estuviera fuera del alcance del mandatario, quien siempre se mostró celoso de estar al pendiente de las muy distintas aristas de su mandato. La capacidad que mostró para controlar las riendas del poder se extendía hasta espacios muy lejanos de su presencia física. Cuando alguna persona actuaba como artífice del ideal porfiriano, como sucedió en la política exterior bajo la dirección de Mariscal, los servidores públicos que le seguían en el escalafón laboral tenían pocas posibilidades para figurar con la misma fuerza que poseían el presidente y su canciller. Ello explica que en el momento de preguntarse sobre algunas figuras a las que poco se ha aludido en las investigaciones históricas —lo que no significa que sean personajes sin importancia—, uno se encuentre ante una situación de casi total ignorancia.

Podemos entonces preguntar: ¿quién fue el primer representante mexicano que se envió a Cuba cuando ésta alcanzó su independencia?, ¿cuáles fueron los rasgos que fueron considerados para que se efectuara dicha designación?, ¿tuvo la figura en cuestión alguna influencia en la formulación de la política exterior o simplemente llevó a la práctica todas aquellas propuestas que fueron resultado del trabajo de artífices que figuraban en el alto nivel de la toma de decisiones? Realizar un ejercicio de investigación con la finalidad de desahogar este tipo de

inquietudes llevará sin duda alguna a contar con una mayor información que, mediante la consideración reflexiva, contribuya a ampliar el conocimiento de una época de antaño, así como a cotejar las prácticas que se han llevado a cabo a lo largo de nuestra historia, incluida la etapa presente.

Al buscar indicios sobre Gilberto Crespo y Martínez en una publicación relativamente reciente, el *Diccionario enciclopédico de México ilustrado*, encontramos una breve referencia, que dice así:

Crespo y Martínez, Gilberto.- n. en Veracruz, Ver., y m. en Austria (1852-1916). Ingeniero de minas. Oficial mayor y subsecretario de Fomento (1892-99) en uno de los gabinetes de Porfirio Díaz. Primer representante diplomático de México, como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario, ante la República de Cuba (1900-1906). Desempeñó el mismo puesto ante el Imperio austrohúngaro (1906-11). Nombrado embajador en Estados Unidos en junio de 1911, tomó posesión del cargo al mes siguiente. Renuncia en abril de 1912 y permanece en Washington hasta abril, cuando marcha a Viena a hacerse cargo de la legación mexicana.¹¹

Dentro de la información se destaca su desempeño profesional como ingeniero de minas, al igual que su participación en la esfera administrativa del gobierno porfirista, tanto al interior del país, por su participación en la Secretaría de Fomento, como por su considerable labor como representante diplomático en el exterior.

Contar con esta reducida reseña biográfica no es suficiente para satisfacer las cuestiones planteadas en este acercamiento.

¹¹ Humberto Musacchio, *Diccionario enciclopédico de México ilustrado*, t. I, México, Andrés León Editor, 1989, p. 424.

Al contrario, puede sostenerse que aumenta las dudas y, por tanto, las preguntas acerca de este personaje. ¿Cómo pasó de su pertenencia dentro del ámbito científico a situarse en el plano de la diplomacia?, ¿además de ser ingeniero se formó como diplomático?, ¿qué significado tiene el haber cubierto las plazas diplomáticas de países tan importantes para la época en que se desenvolvía en México la etapa avanzada del porfiriato?

Es evidente que esta aproximación inicial no deja más que inquietudes y la seguridad de que se requiere la búsqueda de nuevas opciones que contribuyan al conocimiento deseado. Pero aun con la reducida información, es posible sacar a luz unas primeras conjeturas. Por las designaciones mismas de que fue objeto, en un principio pareció indudable que Crespo y Martínez debió estar bien ubicado dentro del ámbito político y social porfirista. Sin embargo, es difícil sostener sólidamente esta propuesta debido a que el personaje no había merecido atención de manera puntual por parte de la historiografía mexicana ni de la cubana. Dentro de la historia de América Latina, de la historia de México, de las relaciones históricas, políticas, sociales y culturales entre nuestro país y la isla caribeña, no siempre se puede tener claridad plena sobre todos aquellos participantes con los cuales se tendría la posibilidad de alcanzar un mejor entendimiento de los procesos históricos. No obstante, conscientes de tal situación, una tarea que los investigadores tenemos por delante en estos temas es la de mostrar que sí es factible ampliar el conocimiento a partir del estudio de este tipo de personajes. Si bien ellos no ocuparon los cargos máximos dentro de instancias gubernamentales, como la Secretaría de Relaciones Exteriores, su participación en los procesos históricos se ha convertido en una vertiente del conjunto informativo que necesariamente debe ser investigado.

Vista la limitación de la referencia biográfica antes aludida, en el caso de Gilberto Crespo y Martínez resulta de gran va-

lor la existencia de un amplio expediente en el Acervo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. La búsqueda de distintas fuentes que puedan estructurar una presentación que sea suficiente para aclarar las necesidades de este trabajo llevó a contar con un conjunto de informes diplomáticos que han sido muy valiosos para ubicar tanto al personaje como a la política exterior que se implementó durante el gobierno de Porfirio Díaz. Gracias al material allí contenido ha sido posible armar una biografía más extensa —que aquí se presenta en parte— para, a partir de esa base, exponer las reflexiones particulares que resulten de la indagación y del intento de dar respuesta a los cuestionamientos planteados en este escrito.

Gilberto Crespo y Martínez nació en el puerto de Veracruz el 17 de agosto de 1853. Junto con su familia se trasladó a la ciudad de Jalapa, donde cursó la enseñanza primaria en el Liceo Jalapeño entre 1861 y 1864. Un año más tarde ingresaría al seminario en esa misma ciudad, donde comenzó estudios de latín. Desde mayo de 1867 y hasta finales de 1871 llevó a cabo los estudios preparatorios así como los de ingeniero topógrafo e hidromensor en el Instituto del Estado de Puebla. Se le atribuye la realización de prácticas en algunas minas entre 1872 y 1873.¹² Luego continuó su trayectoria académica en la Escuela Nacional de Ingenieros de la ciudad de México, en la que fue aprobado por unanimidad, por el jurado profesional de dicha institución, como ingeniero de minas y metalurgista. Se graduó el día 8 de febrero de 1879.¹³

¹² Archivo Histórico del Acervo Histórico Diplomático (AHD) de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) de México, Expediente personal de Gilberto Crespo y Martínez, vol. I, exp. 1-19-11, ff. 43-44. Véase también la biografía de Crespo y Martínez que aparece en el *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 3a. ed., México, Porrúa, 1970, p. 376, aunque allí existen algunos datos que no coinciden con la información obtenida en el expediente aludido.

¹³ Título profesional expedido a Gilberto Crespo y Martínez, firmado por el secretario Rómulo Ugalde, en el Libro de Títulos Expedidos, 1879-1883, México,

Antes de aparecer en el escenario diplomático de México, Crespo se dedicó a la enseñanza en la misma Escuela Nacional de Ingenieros, como profesor suplente e incluso titular de diversas asignaturas. Entre 1877 y 1885 ocupó los cargos como profesor de Mineralogía, Geología y Paleontología (1878-1879), Topografía e Hidráulica (1880-1882), y Conocimiento de materiales de construcción (1883-1884); además llegó a ser secretario segundo jefe de la Escuela Nacional de Ingenieros.¹⁴

El proyecto nacional del porfiriato llevó a que los ingenieros mexicanos participaran profesionalmente en los campos docentes, políticos y de la administración pública. Los científicos mexicanos, entre ellos los dedicados a la ingeniería, tuvieron una situación privilegiada durante el porfiriato. Dentro del régimen se manifestó una profunda preocupación por impulsar la ciencia, al ser considerada una herramienta que le brindaría legitimidad a la hegemonía en el poder alcanzada por el grupo porfirista. Así se explica el hecho de que el presidente Díaz:

Apoyó congresos de especialistas, concursos científicos y la participación de algunos intelectuales mexicanos en eventos foráneos, como las ferias internacionales. Tales condiciones permitieron a la comunidad científica enriquecer su quehacer al entrar en contacto con colegas de otros países, quienes también andaban inventando nuevas disciplinas y nuevas instituciones.¹⁵

Acervo Histórico del Archivo de la Escuela Nacional de Ingenieros (AHAENI), p. 13.

¹⁴ Expediente de Gilberto Crespo y Martínez. Clasificación: 1879/II/209. Documento 29. Años 1879-1901. Secretaría de la Escuela Nacional de Ingenieros, AHAENI.

¹⁵ Rafael Guevara Fefer, *Los últimos años de la historia natural y los primeros días de la biología en México. La práctica científica de Alfonso Herrera, Manuel María Villada y Mariano Barcena*, México, Instituto de Biología-UNAM (Cuadernos, 35), 2002, p. 37.

El impulso que el gobierno federal ofreció a los científicos se utilizó como mecanismo de legitimación. Mostrar la posibilidad de progreso a través del avance de las ciencias en México fue una tarea imprescindible que quería activarse tanto al interior como fuera del país. Gobernantes y científicos coincidieron en la vinculación entre progreso y ciencia. Influidos por el positivismo, los segundos apoyarían al gobierno a luchar en aras del “progreso”. Los hombres de ciencia dejaron atrás la fase de su labor como aventura individual, para transformarla en empresa pública. La profesionalización, el reconocimiento y las mejoras salariales que permitían ascender en las escalas sociales llevaron a los hombres de ciencia a un encumbramiento que les permitió la ocupación de puestos claves en la estructura política del porfirismo. El régimen de Díaz manejó la propaganda de una necesaria paz y progreso, ante lo cual se debía echar mano de individuos de alta calificación, “por lo que los requerimientos apuntaban hacia los hombres que tuvieran una formación ‘moderna’, con ideas y proyectos que pudieran aplicarse para la consolidación del proyecto nacional”.¹⁶

En respuesta a dicha dinámica Crespo y Martínez llegó a desempeñar, como figura en el ámbito científico, una activa participación como representante de México en diversos foros internacionales. El gobierno lo comisionó como delegado, miembro o jurado en distintos eventos. Como primer ejemplo sobresale su participación en la Exposición Internacional de Nueva Orleans (1884-1885). La tarea que cumplió como promotor mexicano en el extranjero se convirtió en factor decisivo

¹⁶ Marisa Pérez Domínguez, “Cabildeo y selección de un gobernador porfirista: el caso de Olegario Molina en Yucatán en los albores del siglo xx”, en Jane-Dale Lloyd, Eduardo N. Mijangos Díaz y Marisa Pérez Domínguez (coords.), *Visiones del porfiriato. Visiones de México*, México, Universidad Iberoamericana/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004, pp. 43-44.

para integrarlo de manera directa a la vida diplomática de México, aun cuando no contaba con preparación profesional alguna dentro del campo diplomático. Fue precisamente en el momento en el que Crespo se encontraba en la Exposición Internacional de Nueva Orleans cuando recibió la noticia de su nombramiento como cónsul interino de México con residencia en La Habana. Ése fue el primer paso de su andar dentro de la diplomacia mexicana. Coincidió que, cuando Ignacio Mariscal fue nombrado secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Díaz, Gilberto Crespo y Martínez pasaba a ser el representante oficial de México en Cuba, entonces todavía bajo el dominio español, el 14 de marzo de 1885. Crespo permaneció durante algún tiempo más en Nueva Orleans para concluir con la labor que desarrollaba como integrante de la comisión mexicana ante la Exposición Internacional y, dos meses más tarde, el 16 de mayo, partió hacia la isla.

Su desempeño real, *in situ*, como cónsul interino duró de junio de 1885 a junio de 1886, periodo durante el cual reveló un interés particular en aquellos asuntos de carácter comercial. Como ejemplo, vale destacar la propuesta que le hizo a Mariscal en el sentido de integrar al consulado “una pequeña exposición o museo de los principales productos de México susceptibles de encontrar buen mercado en esta isla”. El diplomático sostenía en su momento:

En mi concepto, esto sería sumamente ventajoso para el pronto desarrollo del comercio entre ambos países, de beneficios grandes para nuestra República, cuya exportación podría fomentarse por ese medio y de realización, relativamente fácil, poco costosa porque estoy seguro que el ministro de Fomento acogerá bien la idea y ya con los sobrantes de la exposición de Nueva Orleans o ya valiéndose de los diversos medios de recolección que posee, creo que muy fácilmente nos formaría las colecciones necesarias

que podrían ser transportadas casi sin costo hasta aquí, por lo menos desde Veracruz.¹⁷

Esta idea ocuparía un lugar preponderante en el pensamiento de Crespo y Martínez, tal como lo constata la posterior edición de su libro *Bélgica: museos comerciales, servicio consular, enseñanza y propaganda industrial y mercantil*,¹⁸ publicado en 1892. Luego de la relativamente breve estancia en Cuba, a Crespo lo sucedió en el cargo Andrés Clemente Vázquez quien, como cónsul, cubriría una estadía que abarcó un largo periodo de 14 años (1886-1900).

Un magno evento en el que Gilberto Crespo también representó a México fue la Exposición Universal de París (1888-1889),¹⁹ en la cual se le designó jefe del Grupo “V”. Como tal, le correspondió preparar todo lo que tenía que ver con el rubro metalúrgico. Su responsabilidad cubrió desde la designación de los participantes, la selección de los aspectos que abordó la delegación —entre los cuales estaba la depuración de los minerales que se iban a presentar—, hasta la realización de los informes finales sobre todas las actividades desarrolladas durante la Exposición Universal.

La asistencia constante a este tipo de reuniones revela el papel sobresaliente que debió cumplir el ingeniero Crespo ante los intereses del régimen, y explica además el gran estímulo

¹⁷ Gilberto Crespo y Martínez a Ignacio Mariscal, La Habana, 9 de septiembre de 1885, en Archivo Histórico del AHD de la SRE de México, Expediente personal de Gilberto Crespo y Martínez, vol. I, exp. 1-19-11, f. 35.

¹⁸ Gilberto Crespo y Martínez, *Bélgica: museos comerciales, servicio consular, enseñanza y propaganda industrial y mercantil*, México, Oficina de la Secretaría de Fomento, 1892.

¹⁹ Archivo Histórico del AHD de la SRE de México, Expediente personal..., ff. 43-44. Sobre la presencia de México en las ferias internacionales, véase Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1988.

que éste le brindó para participar en dichos foros. Se entiende entonces que la representación de nuestro personaje haya ocupado indudablemente un lugar de primer orden para el interés porfirista, considerando que estaba de por medio difundir la imagen de México como nación vigorosa.

En el marco de la Exposición Universal, el día 22 de junio de 1889 se inauguró el pabellón mexicano, en un evento que fue presidido por el propio presidente francés Sadi Carnot.²⁰ México participaba en aquellas ferias que el porfiriato apoyara desde 1876, año de la Exposición Internacional de Filadelfia, a través de las cuales se deseaba difundir la imagen de México en el extranjero. “Estos foros significaban también una manera de insertarse en la comunidad internacional, pertenecer al mundo moderno e inscribirse en el cauce del progreso”. De esa manera se intentaba romper la visión generalizada del país como violento e incivilizado.²¹

En la obra de José F. Godoy, *México en París. Reseña de la participación de la República Mexicana en la Exposición Universal de París en 1889*,²² aparece nuestro personaje como cabeza del grupo de la minería, área económica de gran significación para la dinámica comercial que desde México se deseaba impulsar a nivel mundial. La propia edición de *México en París...* debe verse como parte del proyecto porfirista emanado desde la cúpula política y, al mismo tiempo, como un testimonio de la perspectiva que se tenía acerca de las posibles vías de

²⁰ “Inauguración de la Exposición Mexicana en el Campo de Marte”, *El Monitor Republicano*, 26 de julio de 1889.

²¹ Claudia Negrete Álvarez, *Valleto Hermanos. Fotógrafos mexicanos de entre siglos*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 2006.

²² *México en París. Reseña de la participación de la República Mexicana en la Exposición Universal de París en 1889*, por José F. Godoy, ex secretario de la Prensa Asociada de México, México, Tipografía de Alonso López, 1888, Tipografía de José F. Godoy, 1890.

desarrollo. Había que darle difusión a la República Mexicana, mostrar que era capaz de asistir a un foro internacional de alto nivel y dejar allí un impacto sobresaliente. Además, y de mucha importancia, tenemos en ese texto una muestra de la intención patente de no querer aparecer como apéndice de la política de algún país. Se deseaba mostrar que México miraba hacia fuera, pero sin caer en la dependencia de ninguna nación. La idea era mostrar el potencial de la economía mexicana. En el plano político, se trataba de una manifestación del espíritu de soberanía que deseaba hacer patente el porfiriato en la esfera internacional.

Dentro de la obra se insertó una imagen fotográfica de Crespo y Martínez, que puede verse como un elemento que contribuye a formar una representación del propio gobierno mexicano. La figura de Crespo y Martínez se convierte en parte de una imagen de la nación, tal como sucede con todos los demás personajes que se presentan retratados en la publicación, entre quienes se encuentra el mismísimo Porfirio Díaz. El conjunto de los participantes da forma a una representación colectiva de la República Mexicana. Es por ello que se impone una atmósfera de formalidad, en la que la vestimenta juega un papel interesante como parte de un discurso visual.

A finales del siglo XIX Gilberto Crespo se había posicionado como una figura sobresaliente en las altas esferas de la política y la sociedad porfiristas. Eso le hacía merecedor a que se le ubicara entre los hombres distinguidos de su época. Era un hombre de marcada inteligencia, como lo revela el hecho de que seguía escribiendo en torno a temas novedosos, y era reconocido tanto en el país como en el extranjero. Pero también queda claro que la distinción que obtuvo durante el porfiriato fue resultado de toda una estrategia que lo presentaría como hombre ilustre, ya que ello significaba dar relevancia al propio régimen de Díaz. Ésa era una constante que se puede detectar al analizar muchos otros casos de miembros de la élite porfirista.

En 1898 se publicó en Estados Unidos la *Enciclopedia biográfica de contemporáneos*, compilada y escrita por José Francisco Godoy,²³ escritor —como ya lo vimos al mencionar la obra *México en París*— y diplomático, quien precisamente sucedería a Crespo y Martínez cuando dejó la legación de México en Cuba en 1906. Godoy sería entonces el último representante del porfirismo decadente en la isla.

En la *Enciclopedia biográfica de contemporáneos* se incluye una semblanza de Crespo, acompañada de un fotograbado. En ésta se destaca exclusivamente su formación académica, aunque también se incluyen antecedentes sobre sus primeros puestos representativos ante el gobierno de Díaz, como el cargo de cónsul interino, que ocupó en La Habana entre 1885 y 1886. El autor de la obra, el mismo Godoy, desde años antes había aparecido como promotor de la imagen que México mantenía en el plano internacional. Así lo refiere la información que vemos en la portada de la *Enciclopedia*, en la que anuncia otras de sus obras, como *La ciudad de Chicago y la Exposición Universal de 1893*,²⁴ y el *Tratado de Extradición*.²⁵

En el texto que se publica en la *Enciclopedia biográfica de contemporáneos*, Crespo es caracterizado por una trayectoria pulcra, seria, con una avanzada formación académica, como el intelectual que, contando con el respaldo logrado a través de su experiencia en algunas participaciones políticas, se une al contingente de hombres sobresalientes del porfirismo. En esta breve biografía se define la firme trayectoria profesional segui-

²³ *Enciclopedia biográfica de contemporáneos*, compilada y escrita por José F. Godoy, Washington, Establecimiento Tipográfico de Thos. W. Cadick, 1898, pp. 147-148.

²⁴ *Id.*, *La ciudad de Chicago y la Exposición Universal de 1893*, San Francisco, Compañía publicista panamericana, 1892.

²⁵ *Id.*, *Tratado de Extradición*, Guatemala, E. Goubad, 1896.

da por Crespo como “notable ingeniero” y, en lo político, como destacado servidor público.²⁶

La presentación le da dignidad, construye el aspecto de una persona comprometida a través de un mensaje demasiado evidente, a pesar de que se trata de una impresión, a primera vista muy limitada. La confianza que se da al personaje, por parte del gobierno, quiere ser contagiada hacia una comunidad de lectores que debió estar formada por intelectuales, así como por políticos mexicanos y estadounidenses. El hecho de que la obra se haya publicado en Estados Unidos tiene gran significado, pues revela que además de la difusión que se promovió en el ámbito europeo, como sucedió con la exposición parisina, donde México quería codearse con las grandes potencias, el país debió finalmente sumarse a la órbita del imperio norteamericano. La misma edición, al ser realizada en territorio estadounidense, demuestra que se trataba de un discurso dirigido hacia los interesados que desde el país del norte ponían su atención en el desenvolvimiento del Estado mexicano. De nueva cuenta aparece Crespo y Martínez como hombre que sostiene en sí mismo la imagen nacional. Se le ubica como individuo propio y recto, ahora al lado de figuras de diferentes latitudes, ya que la obra no se limita a la presentación de personalidades mexicanas, sino de todo el mundo.

En el caso de Crespo, como bien puede decirse del conjunto de los personajes mexicanos que aparecen en las obras aquí consideradas, es evidente la utilización de las presentaciones biográficas con un sentido persuasivo, al imponerse como ejemplo del avance porfiriano hacia el progreso. Con eso se deja sentado que las reseñas sobre tales personajes tenían un alto grado de poder dentro de la vida política de la nación.

²⁶ *Id.*, *Enciclopedia...*, pp. 147-148.

La evocación de la figura de Crespo en los textos que integraban las obras *México en París* y la *Enciclopedia biográfica de contemporáneos*, así como la inclusión de imágenes fotográficas —las cuales constituían un testimonio más de la supuesta “objetividad” del desarrollo porfiriano—, encauzaron a que el reconocimiento hacia el personaje fuera de mayor aceptación en círculos más amplios, y se acrecentara su fama como figura de alto nivel en el régimen de don Porfirio. Tanto en textos como en imágenes se buscaba generar simpatía por parte de los receptores. Ambos formatos se presentaban como elementos que corroboraban la autenticidad del proyecto porfirista. Se le ubicaba como un testimonio de evidencia innegable.

Mediante el Acuerdo del 22 de diciembre de 1900 se eligió a Crespo y Martínez para fungir como cónsul general en Cuba, puesto vacante luego de la salida de Andrés Clemente Vázquez. Cuba se encontraba en ese momento bajo el dominio o “protección” de Estados Unidos. Son varias las explicaciones de su designación. Entre ellas está, sin duda, su experiencia previa como cónsul interino en la década de 1880. También se consideraron las estratégicas relaciones que mantenía en la isla con círculos políticos, intelectuales y de los medios informativos, así como los contactos con la comunidad cubana residente en México, logrados tanto por sus lazos familiares cubanos, ya que se menciona su parentesco con gente de Matanzas, como por los nexos alcanzados al ofrecer su apoyo a la lucha de los independentistas cubanos en la década de 1890. Asimismo, debió influir la obvia consideración de la trayectoria que aquí se ha señalado tanto en la política interna como en la externa del gobierno porfirista. Oficialmente se designó a Crespo como cónsul general en La Habana el 31 de diciembre de 1900.²⁷

²⁷ Archivo Histórico del AHD de la SRE de México, Expediente personal..., exp. 1-19-11, f. 128.

El 6 de marzo de 1901 se celebró la llegada de Crespo y Martínez al puerto de La Habana, acompañado por su familia y servidumbre. En la tarde de ese día tomó posesión de su cargo, lo cual quedó consignado en el acta respectiva.²⁸ La prensa habanera expresó en sus columnas frases laudatorias sobre la persona y el arribo del nuevo representante mexicano; destacaba, sobre todo, las referencias que se relacionaban con el “comercio intelectual” desarrollado entre ambos países.²⁹ Como nuevo cónsul presentó sus cartas credenciales al estadounidense Leonard Wood, gobernador militar de la isla, así como al subsecretario y al jefe de la Sección de Estado, aceptando su reconocimiento en aquel cargo mientras que la nación norteamericana tuviera el control en Cuba.

Con la formalización de la independencia cubana, declarada el 20 de mayo de 1902, se efectuarían algunos cambios. Ignacio Mariscal, por medio de un documento firmado el 7 de junio del mismo año, comunicó a Crespo su designación como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Cuba. El 12 de junio, Porfirio Díaz firmó, junto con el propio Mariscal, la carta de presentación que fue enviada a Tomás Estrada Palma, quien actuó como primer presidente de la República de Cuba. Se trataba de un comunicado oficial en el que también se exaltó la hermandad entre ambas naciones, sus lazos de sangre, las costumbres en común y la semejanza de sus instituciones.³⁰

Luego de haber hecho la protocolaria entrega de sus cartas credenciales, en ceremonia que se celebró el 1 de julio de 1902, durante una recepción que le ofreció el presidente de Cuba, Gilberto Crespo y Martínez se dedicó a atender diversas tareas.

²⁸ Archivo Histórico del AHD de la SRE de México, Expediente personal..., vol. II, exp. 1-19-11, f. 28. Carta enviada por Crespo a Ignacio Mariscal ese mismo día.

²⁹ Arturo Palomino a Ignacio Mariscal, La Habana, 6 de marzo de 1901, en *ibid.*, ff. 24-25.

³⁰ *Ibid.*, f. 49.

Sus obligaciones iban desde cubrir los asuntos relacionados con las actividades comerciales internacionales, hasta la resolución de problemas legales o personales que involucraran a los ciudadanos mexicanos residentes en la isla o a los cubanos en México. A través de la documentación diplomática se atestiguó su diligencia en la búsqueda de información sobre algunos ciudadanos cubanos que posiblemente tuvieran responsabilidades criminales o delictivas. Otro aspecto muy destacado fue su preocupación por el intercambio cultural a través de la donación de libros técnicos y científicos y, por supuesto, la atención que debía ofrecer a los visitantes distinguidos provenientes de México u otros lugares.³¹

Crespo prestó siempre una singular atención a la temática de carácter binacional. Escribía regularmente en los periódicos locales, y más tarde publicó muchos de sus textos en forma de libro. Gracias a ese tipo de acercamiento lograba darse cuenta de los aspectos que consideraba de mayor cuidado, los que obviamente estaban ligados con aquellas actividades que tuvieran mayor trascendencia para los intereses mexicanos en Cuba.

Por encima de cualquier otra tarea, la actividad de primer orden que realizó Crespo y Martínez en Cuba fue atender el desarrollo comercial entre ambas naciones. Siempre se mostró preocupado por el avance de las nuevas tecnologías, así como por el reflejo que éstas tendrían en las actividades económicas. Sus propuestas particulares sobre cómo incrementar la productividad en la industria azucarera, “acerca de las mejoras y los adelantos en la fabricación para producir[la] a menor precio”, revelan el contacto que tuvo en ese rubro de las relaciones internacionales.³² Solicitaba de manera constante información

³¹ Arturo Palomino, *Informes políticos y económicos, 1904-1906*, Archivo Histórico del AHD de la SRE de México, exp. L-E-2239, ff. 23, 24-26 y 97.

³² *Ibid.*, ff. 89-90.

acerca del tipo de flujos marítimos que Cuba y México mantenían. A pesar de que delegaba el papel como recopilador de datos entre sus subordinados, ello no significó su desinterés por dichos asuntos. Arturo Palomino, cubano que se desempeñó como cónsul general en La Habana, era quien se encargaba de obtener la información del movimiento portuario que tanto interesó a Crespo y Martínez, tal como lo muestran diversos comunicados en los que daba noticia de los buques despachados desde el consulado hacia puertos mexicanos, así como una puntual relación de las embarcaciones procedentes de México que arribaban al puerto de La Habana.³³ En varias ocasiones, Palomino fue el autor de diversos informes de carácter económico y comercial, como lo atestigua el texto titulado *Comercio exterior de Cuba*, acerca de la actividad que tuvo ese país durante 1903. Este comunicado lo firmó el 6 de agosto de 1904.³⁴

Entre otros casos que fueron atendidos por Palomino, como se corrobora a través de la existencia de extractos diversos o bien en escritos completos, está el de los ferrocarriles en Cuba;³⁵ el de los movimientos monetarios, mediante un informe que se le remite a Crespo el 7 de septiembre de 1904;³⁶ así como los movimientos mercantiles destinados a la importación de garbanzos y frijoles mexicanos, que fueron los productos con mayor demanda en el mercado cubano, y cuya referencia aparece en varios documentos diplomáticos.

³³ *Ibid.*, f. 86.

³⁴ *Ibid.*, f. 101. En el acervo de la Secretaría de Relaciones Exteriores existen documentos que señalan la existencia de materiales mucho más completos y amplios sobre las actividades comerciales, de donde podría desprenderse una mejor visión del desarrollo de las relaciones México-Cuba. Sin embargo, su extravío o el desconocimiento de los criterios de colocación se convierten en obstáculo para su consulta.

³⁵ *Ibid.*, f. 125.

³⁶ Se trata del Informe sobre "Circulación monetaria y fiduciaria en la isla de Cuba", en *ibid.*, ff. 130-147, 148.

A finales de agosto de 1904 se llevó a cabo una nueva iniciativa que mostraba el interés de la comunidad mexicana en Cuba por mantener un adecuado comportamiento en torno al desarrollo comercial. En este sentido, Gilberto Crespo jugó un papel importante, pues actuó como promotor de una política de organización entre los empresarios mexicanos, que se materializó el 28 de agosto, cuando quedó constituida la Sociedad Mercantil Mexicana y su proyecto de Reglamento fue aprobado sin variación alguna.³⁷

La difusión fue una de las principales tareas que se realizaron como parte de la organización mercantil. El 10 de diciembre de 1904 se editó el primer número del *Boletín Mensual de la Comisión Mercantil Mexicana*. Crespo es informado por Palomino, quien le solicita que escriba para dicho medio informativo: “Al mismo tiempo le ruego que para el próximo día 20, sea Ud. tan amable que me remita Ud. un artículo de su bien cortada y galana pluma, para honrar con él la publicación, acerca del asunto que estime Ud. más oportuno”.³⁸ La difusión de los ejemplares fue promovida entre los gobernadores de ambos Estados, miembros de las Cámaras de Comercio, con la Secretaría de Relaciones Exteriores y algunos comerciantes y amigos de México y sus estados. El tiraje de la publicación era de 500 ejemplares. El 9 de febrero de 1905, Arturo Palomino le envió a Crespo 12 ejemplares del boletín, correspondientes al mes de febrero, y nuevamente le solicitó participar con un artículo para el siguiente número. Desafortunadamente no ha sido posible localizar ningún ejemplar de dicho boletín.

Sin experimentar grandes modificaciones en las actividades realizadas por la representación mexicana en tierras cubanas, el año de 1905 pasa sin grandes novedades, a excepción de

³⁷ *Ibid.*, f. 124.

³⁸ *Ibid.*, f. 207.

las reseñas periodísticas que detallan los últimos meses de Crespo en Cuba, y que son reportadas desde la sede diplomática.

Mariscal envió el 25 de octubre de 1905 un telegrama a Crespo y Martínez, en el que le comunica que ha sido nombrado representante ante el Imperio austrohúngaro, en sustitución del licenciado Jesús Zenil, quien había muerto en Viena durante el cumplimiento de su cargo. Porfirio Díaz firmó, con fecha del 17 de noviembre de 1905, la carta de retiro de Crespo como representante nacional en Cuba.

Los periódicos de la isla daban un tono de tristeza a las noticias relacionadas con la salida del diplomático mexicano. La personalidad de Crespo era descrita de manera elogiosa, destacando su talento, su distinción, su simpatía, su capacidad intelectual, su amor por lo cubano, así como su generosidad.³⁹ Aquí cabe resaltar que un rasgo peculiar de su presencia en Cuba fue el vínculo estrecho que mantuvo con personalidades del ambiente periodístico.

El mismo Gilberto Crespo y Martínez se encargó de expresar, por medio de sus mensajes a la Secretaría de Relaciones Exteriores, el buen estado en que dejaba las relaciones con el presidente Tomás Estrada Palma, con el secretario de Estado y Justicia, que era entonces el doctor Juan F. O'Farril, con los diplomáticos acreditados en la isla, así "como también con los principales gerentes de las casas que hacen comercio con México".⁴⁰ Otro aspecto que resaltó el propio enviado extraordinario fue el empeño que puso, desde que tomó posesión de su cargo, por unir a la colonia mexicana residente en La Habana:

Todos sus miembros, con el más grande patriotismo realizaron mi propósito, encontrándose hoy unidos y compactos y habiénd-

³⁹ Véase Archivo Histórico de AHD de la SRE de México, Expediente personal..., vol. II, exp. 1-19-11, ff. 94-95.

⁴⁰ *Ibid.*, ff. 2, 11, 12, 18.

dose formado un Comité Patriótico, una Comisión de Estudios Comerciales, presidida por el Señor Palomino, y la Sociedad Mexicana de Beneficencia, para auxilio de los mexicanos desvalidos.⁴¹

De acuerdo con el tono protocolario de la diplomacia, el propio Estrada Palma reiteró, el 18 de enero de 1906, la relevancia de la representatividad que alcanzó Crespo, al rubricar el siguiente comentario enviado a Porfirio Díaz: “Me es grato hacer presente a Vuestra Excelencia que el Señor Crespo y Martínez, durante su permanencia en La Habana, supo captarse las simpatías del Gobierno por sus relevantes condiciones personales y contribuyó con éxito a estrechar los lazos de sincera amistad que unen a ambos pueblos”.⁴²

Con la puntualidad debida, a las 3:30 de la tarde del día 20 de ese mes, Gilberto Crespo y Martínez fue recibido en audiencia privada en el Palacio Presidencial cubano, donde se le ofrecieron las últimas muestras de amabilidad por parte de Estrada Palma. Más adelante se consignó el documento que el presidente cubano envió en respuesta al mandatario mexicano, en el cual se daba por enterado de la salida de Crespo.⁴³

Dos días después de presentar su carta de retiro, Crespo y Martínez solicitó una licencia de un mes para arreglar —según él mismo lo diría— todos los preparativos de su viaje a Europa, junto con su familia. Tal petición fue aceptada en México. A fines de febrero pidió que la fecha para tomar posesión de su nuevo puesto en Austria-Hungría fuera el 22 de marzo. No obstante, aduciendo cuestiones de salud, como resultado de un ata-

⁴¹ *Ibid.*, ff. 20

⁴² *Ibid.*, ff. 14.

⁴³ *Ibid.*, ff. 18-19, 22.

que de influenza, solicitó una nueva licencia por 20 días, o un mes, para estar en Viena entre mediados y finales de mayo.⁴⁴

El 30 de marzo, desde La Habana, Arturo Palomino comunicó a la Secretaría de Relaciones Exteriores que ese mismo día, “a las cuatro de la tarde, embarcó a bordo del vapor español *Antonio López*, con rumbo a New York, Cádiz, Barcelona, Génova, el prestigioso ministro”. La noche anterior, Crespo y su familia fueron invitados a cenar nuevamente con el presidente de la República de Cuba, “despidiéndose éste afectuosamente de los viajeros”. En el mismo documento, Palomino continuaría sus elogios a su antiguo jefe, al decir: “El Sr. Ingeniero D. Gilberto Crespo y Martínez puede marchar satisfecho de haber dejado aquí una imborrable estela de simpatías y de haber enaltecido el nombre de la patria, como se ha honrado él con su representación”.⁴⁵

En pocos meses se encontraría Gilberto Crespo en Austria-Hungría (1906-1911), desempeñando sus tareas como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, mismo cargo que posteriormente cubriría en Estados Unidos (1911-1912), gracias al nombramiento que obtuvo durante la presidencia interina de Francisco León de la Barra,⁴⁶ y de nueva cuenta ante el Imperio austrohúngaro (1912-1916), al ser nombrado por Francisco I. Madero.⁴⁷ Murió al poco tiempo en la capital austriaca, el 7 de noviembre de 1917, sin gozar del reconocimiento de Venustiano Carranza, quien ya tenía entonces en sus manos el mando del gobierno mexicano.

Cerrada esta presentación, en la que se incluye gran parte del ciclo de vida de Gilberto Crespo y Martínez, y de manera

⁴⁴ *Ibid.*, ff. 23 bis, 35, 37, 41, 42, 46.

⁴⁵ *Ibid.*, ff. 48-49.

⁴⁶ Archivo Histórico de AHD de la SRE de México, Expediente personal..., vol. IV, exp. 1-19-11, ff. 7, 12, 14, 15, 17 y 18.

⁴⁷ *Ibid.*, vol. V, exp. 1-19-11, f. 75.

particular su relación con el cargo diplomático que cubrió en Cuba, puede sostenerse que el estudio hecho alrededor del personaje ejemplifica la gama de posibilidades que existen para ampliar los conocimientos de la relación entre México y Cuba. Y, lo que es más, se impone como modelo para realizar interpretaciones sobre las figuras secundarias que han participado en la historia de la vida diplomática mexicana, así como en el desarrollo de las relaciones internacionales, y dentro de los procesos políticos de aquellos países de donde provienen los representantes diplomáticos, o bien donde se instalan para cumplir con sus tareas.

Las posibilidades de avanzar en el conocimiento de fases históricas y personalidades desatendidas, que esperan el arribo de los investigadores, pueden contemplarse como variadas, llenas de riqueza y prometedoras de resultados favorables. Si vemos el caso de nuestro personaje, quien luego de haber permanecido en los márgenes de la historiografía se presenta ahora como una figura que cuenta con muchos espacios de interés dentro de su actuación diplomática, con atractivas aristas que estimulan su conocimiento, se puede ver con claridad el potencial de este tipo de investigaciones. Ojalá que la apertura de esta perspectiva sea el aporte que ofrezca el acercamiento realizado en torno al primer representante mexicano ante la Cuba republicana, Gilberto Crespo y Martínez. A pesar del olvido a que lo había sometido la historia, al aparecer como individuo que figuraba en un segundo plano con relación al presidente y al secretario de Relaciones Exteriores, hoy es posible afirmar que fue un personaje con una trayectoria relevante y de importancia, un verdadero y activo operador dentro del régimen porfirista.